



DAVID ÁLVAREZ JIMÉNEZ
PANEM ET CIRCENSES
UNA HISTORIA DE ROMA
A TRAVÉS DEL CIRCO

Alianza editorial

David Álvarez Jiménez

PANEM ET CIRCENSES

**UNA HISTORIA DE ROMA
A TRAVÉS DEL CIRCO**

Prólogo de David Hernández de la Fuente

Índice

Prólogo

Introducción

Parte I. Un paseo por la historia del mayor espectáculo del mundo

La génesis de las cuadrigas. El mundo de los carros de combate

Los antecedentes griegos del circo romano

El circo en la Roma monárquica y republicana

Augusto, maestro de espectáculos

Los juegos circenses en el Alto Imperio romano

La provincialización de la competición ecuestre romana

Los espectáculos circenses durante la Crisis del siglo III y el Bajo Imperio romano

El circo en el Occidente posromano

El circo en el mundo bizantino

Parte II. El mundo del circo romano

La pasión por el circo

El circo como espacio de competición

Los actores del circo

Un día en las carreras

Anexo 1. Listado de emperadores romanos

Anexo 2. La carrera del auriga Diocles contada por él mismo

Bibliografía

Fuentes primarias

Fuentes secundarias

Créditos

*A Amanda Violeta,
que maneja las riendas de su enjoyado carro*

PRÓLOGO

Lo que hace el hombre moderno cuando no está en su puesto de trabajo define en gran medida a nuestras sociedades del post-capitalismo actual. El ocio o tiempo libre en las sociedades occidentales remite casi invariablemente a una oferta que se proporciona de forma masiva y global y que, las más de las veces, tiene que ver con el seguimiento obsesivo de espectáculos deportivos: en buena parte del mundo el fútbol, pero también otros deportes de equipo o individuales, de motor o campeonatos mundiales de diversa índole, que acaparan la atención pública y se convierten no ya sólo en una manera de pasar el tiempo libre sino casi en una forma de vida, como fuente de actualidad incesante e inagotable tema de conversación. Sus protagonistas no son sólo los héroes del día, sino que se convierten en verdaderos modelos sociales y representantes de la colectividad de una suerte que a veces cuesta asimilar y que requeriría un extenso estudio de psicología social. De la importancia de entender cómo una sociedad pasa el tiempo libre para comprenderla mejor da fe el surgimiento incluso de unos llamados «estudios del ocio» (*leisure-studies*), que surgen como una rama concreta de la sociología y que se ocupan del análisis de las experiencias recreativas, tanto individuales como colectivas, en nuestro mundo contemporáneo.

Pero, como en tantos otros fenómenos de la actualidad, qué duda cabe de que, para entenderlos, lo primero y esencial es localizar sus raíces en la historia de Occidente, en el mundo clásico. En este caso, también, huelga decir que el concepto de tiempo libre remite de forma ineludible

también a la antigüedad grecorromana. Hay que pensar que tanto la idea de ocio, en general, como el deporte, en último término, tienen sus raíces en el mundo griego antiguo, y presentan un rico trasfondo histórico, literario, artístico y filosófico. Si ya el vocablo castellano «ocio» remite al latín *otium*, del que procede, el concepto en griego antiguo se expresaba con una polisémica palabra, *scholé*, también de muy hondo calado filosófico. Pero es muy diferente el ocio actual, un concepto amplio y en ocasiones superficial, de ese ocio clásico, más ligado, en principio, a lo que se supone que debía hacer el hombre de bien, el ciudadano de pro, cuando no se cuidaba de los negocios o de la vida pública. Y es que en Grecia *scholé* significaba, a la vez, tiempo libre e instrucción, y su evolución, a través del latín, como es sabido, ha resultado nada menos que en nuestra palabra «escuela». Otra gran diferencia con lo actual es el concepto negativo del trabajo como «no-ocio» (*ascholía*, *negotium*), que lo convertía en una actividad nada deseable y un tanto despreciable, en lo físico y lo material, con cierta mala prensa para el ciudadano acomodado de bien. Pues el ocio ideal del *ciues romanus*, el *vir bonus* (como el *polites* griego, *kaloskagathós*) había que dedicarlo al cuidado del espíritu y de la cultura y no a espectáculos serviles que envilecieran el alma.

Otra cosa era el atletismo antiguo, que tenía profundas implicaciones religiosas, al celebrarse en el marco de los grandes festivales panhelénicos dominados por las cúpulas dirigentes de todo el mundo griego, y que estaba también regido por un código ético elevado y elitista, hondamente relacionado con la aristocracia de las ciudades griegas y derivado, en último término, de la vieja ética homérica. Ciertamente, sus diversas pruebas, en las que participaban atletas de renombre, cantados por poetas como Píndaro, suponían todo un espectáculo y, entre ellas, pocas en tal grado como las carreras de carros, que estaban reservadas para los grandes potentados que las financiaban: no cabe

dudar de que estas carreras en el hipódromo, de carros de caballos o mulas, eran el centro de los juegos por su espectacular desarrollo y por la fastuosidad de sus preparativos. También tenía otra consideración muy diferente, por sus matices religiosos, políticos y educativos, el teatro en Atenas, que no puede equipararse conceptualmente con nuestras actuales artes escénicas. Nuestro ocio moderno de masas, como se ve, encuentra difícil comparación con el ocio de la Grecia antigua o con la experiencia del deporte en el atletismo antiguo, pero entonces, ¿cómo derivó en ocio en el concepto actual? La historia de Roma es, sin duda, la clave. Y esta pregunta es la que, en el fondo, late para el lector moderno tras las páginas que siguen en el libro que aquí se presenta.

En Roma comenzaron a notarse peculiaridades propias, a grandes rasgos, en la configuración popular del ocio ya no como una cierta elevación ética y estética frente a la servidumbre del mundo cotidiano, sino ante todo como un lapso de descanso y placer, de dispersión del espíritu. A diferencia del mundo griego, en el unitario estado romano, en el que primaban la expansión militar y económica, se dio una organización socioeconómica más compleja, de sostenida y creciente urbanización, diferenciación de sectores sociales y con grandes masas de ciudadanos desocupados. Si la negación del *otium* era principalmente el trabajo, como en el caso griego, hay que recordar la complejidad social del mundo laboral romano, desde los negocios de los mercaderes, pero también la gestión de las haciendas de los ricos ciudadanos que gobernaban el estado romano, la llamada *nobilitas* patricio-plebeya, que será el sustento de las cúpulas dirigentes desde la época republicana. En la estratificada sociedad romana pronto surgió el debate en torno a la cuestión sobre qué tipo de actividades convenían a cada clase social para su tiempo libre. El ocio del ciudadano romano de la clase dominante había de ser empleado, cuando estuviese lejos del servicio público y de los ojos

de sus conciudadanos, en una soledad fecunda y dedicada a la producción de obras del espíritu. Este *otium cum dignitate* romano, cuyo teórico más preclaro fue Cicerón, se refería a la manera digna en que el ciudadano debía pasar su tiempo libre, en la lectura, la escritura o en paseos y conversaciones filosóficas con sus pares, recogiendo el ideal griego de la *scholé* para la clase cultivada y superior de Roma. Pero, por otro lado, también Roma atestiguará la eclosión de una especie de ocio popular —reflejando de nuevo la dicotomía básica entre la clase elevada y el *populus*— en forma de espectáculos masivos con arreglo a intereses políticos, para tener controlada a la población con festivales, juegos, carreras y otros espectáculos.

Sin duda el espectáculo favorito de las masas eran las carreras del Circo Máximo, heredadas del mundo griego, junto con los juegos gladiatorios, una bárbara derivación de los agones luctatorios del atletismo griego. Pero el favor del pueblo se expresaba ante todo en las carreras de carros, que ciertamente recogían de forma indirecta la tradición del olimpismo griego. Y a su inusitado auge en un milenio de historia romana, de la Vieja y la Nueva Roma, se dedica el apasionante libro que tiene el lector entre manos. Su autor, David Álvarez Jiménez, es uno de los investigadores actuales sobre el mundo antiguo más prometedores que ha dado la universidad española y, pese a su juventud, cuenta ya en su haber un nada desdeñable número de publicaciones que ayudan a comprender mejor la antigüedad —y en concreto la antigua Roma—, destacando siempre los puntos de contacto con el hombre de hoy. De ahí lo interesante de su propuesta en este libro, que permite comprender mejor la actualidad estudiando la historia del Imperio romano a través de las carreras del circo. Como propone este libro, se puede mirar a la antigua Roma en el espejo de esta historia cultural, que es también una historia de las mentalidades, del apasionante fenómeno del circo. Pues no sólo se centra en la vida y los sucesos que se aglutinaban

en torno al circo y a los grandes héroes de las carreras, sino también en cómo transcurrieron entre las bambalinas de la arena del hipódromo los derroteros de la historia política e ideológica del mundo romano. Se trata de un ensayo en la más amplia acepción de la palabra, pues supone un intento hermenéutico de amplio alcance de explicar este fenómeno histórico y de ofrecer una tesis singular sobre un aspecto definitorio del mundo romano, recibido y a la vez transmitido como herencia indeleble: y todo ello en una prosa clara, amena y accesible, pero no por ella exenta del rigor que muestra su aparato erudito de citas bibliográficas y fuentes clásicas.

Las carreras de carros en Roma, como muestran las páginas siguientes, se convirtieron en un útil instrumento de dominación social: los ciudadanos más pobres podían acceder a este espectáculo, ofrecido y financiado por su líder sociopolítico de turno, e incluso acercarse al poder. El emperador, desde su tribuna, se unía de esta manera a su pueblo. El público se organizaba en facciones —cuatro colores, azules y verdes sobre todo pero también rojos y blancos— que apoyaban denodadamente a uno u otro auriga, llegando a protagonizar enfrentamientos violentos. Cabe señalar de nuevo la importancia de la figura del auriga de los carros, toda una estrella y un objeto de deseo para la sociedad y las diversas clases: en Roma, frente a Grecia, era él el premiado, y no tanto el dueño de los caballos, aquel que financiaba la montura.

Al presentar este libro me resulta imposible no pensar en la que seguramente sea la gran recreación moderna del circo romano, la clásica película *Ben-Hur* (1959), de William Wyler. Pocas otras versiones modernas han sabido captar la fascinante atracción de este espectáculo de masas, entre política, ostentación y entretenimiento, como su famosa escena de la carrera de cuadrigas, que contiene la más vibrante recreación de la historia del cine, a nuestro parecer sin ser superado por su *remake* de 2016, dirigido por Timur

Bekmambetov e inspirado a su vez en la secuencia paralela de la primera versión de la película, de Fred Niblo (1925). Históricamente, pese a las licencias habituales, el film presenta una recreación bastante fiel del circo y sus elementos clave, que permiten al espectador hacerse una idea de la magnificencia del Circo Máximo y de la potencia política que la comunión entre emperador y pueblo permitía en aquel espectáculo. *Ben-Hur* está basada, por cierto, en la novela homónima de Lewis Wallace, publicada en 1880, que fue un éxito muy notable de público y tuvo una enorme fama en su tiempo, gracias a una atractiva narración que mezcla los aspectos más populares del mundo romano con el elogio del nacimiento del cristianismo.

Bizancio heredará la pasión por las carreras de carros de caballos en el famoso Hipódromo de Constantinopla, algunas de cuyas estatuas se pueden ver aún hoy en la Basílica de San Marcos de Venecia. Otro de los aciertos de este libro es no ceñirse a la Roma clásica, sino pasar a su continuación en la Nueva Roma, que casi superó a la antigua en cuanto a pasión por las carreras. Las facciones del circo constantinopolitano, más rebeldes acaso que las romanas, llegaron a protagonizar sonadas revueltas contra emperadores como Justiniano —con la famosa revuelta de Nika (532), que es tratada en detalle en lo que sigue—, mostrando cómo el control social se podía acabar convirtiendo en descontrol. Eran mucho más que meras facciones deportivas y tenían gran influencia social, mezclándose en ocasiones incluso en discusiones teológicas o políticas, apoyando a una u otra herejía (los azules en Constantinopla eran ortodoxos y los verdes tendían al henofisismo), a uno u otro aspirante a la púrpura imperial. La arena y las gradas eran el lugar más oportuno para tomar la temperatura política y social al pueblo constantinopolitano y desde su *kathisma* o trono presidencial, ya que el palacio daba directamente al Hipódromo, el emperador podía sondear los ánimos de sus súbditos de la manera más certera posible. En definitiva,

este vibrante recorrido por la historia de Roma culmina, tras los años del Dominado, en la brillante peripecia histórica del Imperio de Oriente, hasta que, en el siglo VII, decae la estrella del circo en un imperio que ya cambia —con el final de la antigüedad tardía y el comienzo del medioevo propiamente dicho— sus características básicas. Serán, en fin, los romanos —tanto los clásicos como los bizantinos, que nunca se autodenominaron otra cosa que *rhomaioi*— quienes transformarán para siempre este viejo deporte de las carreras de carros, heredado de la antigua Grecia, proporcionándole unas dimensiones, modernísimas para nosotros, de espectáculo de masas.

La vieja Roma y la nueva Roma compartieron durante un milenio la pasión por las carreras del circo, al que convirtieron en el lugar más emblemático de comunión entre el pueblo y sus gobernantes, el corazón de las tensiones y pulsiones políticas, ideológicas y sociales a lo largo de la antigüedad romana. Por esto, la propuesta que tiene delante el lector, más que una historia del circo, que sería ya de por sí apasionante, es una vibrante historia de la mentalidad romana a través de las carreras del Hipódromo. El circo romano y todo lo que lo rodea sigue fascinándonos hoy día, ya sea como espectáculo irrepetible o como mecanismo de control sociopolítico (*panem et circenses*), en ambos casos como precursor de lo que hoy hay, con el ocio de masas en deportes-espectáculo como el fútbol. Frente a la *scholé* griega o al *otium cum dignitate* de Cicerón o Séneca, formativos del espíritu, el circo romano ha quedado para nosotros como un fascinante pero ambivalente monumento histórico que supone un claro precursor del entretenimiento como arma de propaganda, embrutecimiento colectivo y dominación social. Precisamente por ello la historia que aquí se presenta nos toca muy de cerca, en este Occidente nuestro absorto en su egoísmo y vacuidad globalizados.

DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE

INTRODUCCIÓN

Imaginemos una sociedad en la que la mayor parte de la población, independientemente de sus posibles, está de tal manera enganchada a un entretenimiento que éste constituye el más relevante y frecuente tema de conversación, tanto en las calles como en los bares, en el trabajo como en la escuela o en las cenas formales, y sus aficionados no disfrutan tanto del espectáculo en sí como de la fidelidad a unos colores que sienten como propios y que rivalizan con otros por la victoria. Hasta tal punto que llega a convertirse en una especie de religión, y mientras algunos no pueden dormir por la tensión y expectación que los sobrecoge la víspera del espectáculo, otros acampan delante de la cancha para así obtener las mejores localidades y ver en plenitud a sus ídolos, cuyo estado de salud y rendimiento deportivo les parecen más importantes para sus vidas que el correcto devenir del Estado y, en consecuencia, estiman que una lesión sería más gravosa que el peor de los casos de corrupción, siendo sus protagonistas modelos para la sociedad, en especial para los niños. Por el contrario, aquellos que aborrecen este entretenimiento lo consideran pueril, brutal y absurdo, una mala influencia que únicamente sirve para distraer a la gente de los problemas de su tiempo. Imaginemos una sociedad en la que miles de personas se unen bajo sus colores para vitorear a sus ídolos, para dedicarles cánticos y canciones que los definen como grupo mientras abuchean y se enfrentan a sus rivales, dispuestos a romper con amigos y parientes por este choque de fidelidades. Y aún hay más: aunque la mayor parte de los aficionados sean fieles a sus escuadras y se conozcan al dedillo

las estadísticas de sus ídolos, también existen quienes, radicalizados hasta el límite, no se contentan con la lealtad incorrupta hacia sus colores, sino que tienen que imponerse a sus rivales de la manera que sea, sin rehuir el más crudo uso de la violencia, incluso contra los cuerpos de seguridad, llegando a provocar muertes en el transcurso de tales demostraciones de fuerza. Por otra parte, de forma curiosa, estos aficionados, en especial los más exaltados, no dudan en llevar al escenario de sus sueños reivindicaciones sociales con la esperanza de que con su denuncia sean atendidas. Estas imágenes intemporales, que bien podrían ser asumidas sin ambages en las actuales Madrid, Mánchester, Nápoles, Buenos Aires, Río de Janeiro o Moscú, representan la realidad vivida en las mayores ciudades del Imperio romano, tanto en la mismísima Roma como en Constantino-pla, Cartago, Alejandría o Antioquía, amén de otras muchas urbes menores. Sin embargo, a diferencia de los tiempos actuales, en los que el fútbol es, sin duda, el gran espectáculo de masas desde hace algo menos de siglo y medio, en el pasado tal papel de privilegio lo desempeñó el circo, puesto que las carreras de carros desataron una verdadera locura durante los más de mil años en los que se mantuvo su vigor. Por eso resultó delicioso comprobar cómo ambos espectáculos supremos confluían el 9 de julio de 2006 en el mismísimo Circo Máximo de Roma, donde aficionados romanos contemplaban, a través de las pantallas instaladas en el antiguo valle de Murcia, la final del Mundial de fútbol que se disputaba en Berlín entre la Italia de Cannavaro y la Francia de Zidane.

Este volumen tiene como meta presentar precisamente el más grande de los espectáculos romanos, aquel que, aunque compitiera durante bastantes siglos con otros entretenimientos como las luchas de gladiadores o las *venationes* (cazas de animales), ocupaba el lugar más importante dentro del corazón romano, como lo demuestran su extraordinaria vigencia y preponderancia sociopolítica en el

largo período aquí abordado. No era un mero deporte, si entendemos por deporte una práctica recreativa más o menos accesible para el conjunto de la población, sino un espectáculo de consumo, diseñado para el disfrute de las masas y que era ejecutado por profesionales. Ésta es la razón por la que nos resulta tan fascinante a pesar del tiempo transcurrido. Incluso con las enormes diferencias que nos separan de ese pasado, la influencia directa de la Roma antigua que se percibe en tantísimos órdenes de nuestra vida y mentalidad hace que no dejemos de vernos como sus herederos. En el caso de los espectáculos públicos, esa relación es inevitable, pues ambas épocas se caracterizan por el predominio de formas de entretenimiento de masas —aunque, todo sea dicho, esta cercanía conceptual puede distorsionar la realidad a través del espejo deformante de la historia—. Para muchos, el circo suponía un modo de vida, como se observa en su filiación a alguno de los cuatro colores o facciones que competían entre sí, los azules y los verdes principalmente, aunque también había seguidores rojos y blancos.

Por otro lado, hay que hacer una aclaración previa. En nuestro tiempo es muy habitual confundir el mundo del circo con el de otro gran espectáculo (asimismo público, pues las diversas administraciones y los magistrados se preocuparon por su organización y financiación): las luchas de gladiadores, que en las fuentes se denominan *munera* —*munus* significa «deber» y alude a la obligación de celebrarse en los funerales, ya que así surgió esta tradición—, mientras que para referirse a las carreras se utilizaba el término de *ludi* —*ludus* en singular, que significa «juego»—. No en vano, hoy no es infrecuente ver cómo en la literatura, en la prensa y en el resto de medios de comunicación se confunde el circo con el anfiteatro, siendo el primero el propio espectáculo de las carreras de carros y también el espacio destinado a ello —en las zonas grecófonas se le denominaba hipódromo—, y el segundo el lugar donde se celebra-